

## con el título de director

El curso pasado consiguieron titularse en la Escuela Oficial de Cinematografía dos alumnos de dirección; tres titulados han sido los de este año: Julián Marcos, con «El encuentro»; Juan Antonio Porto, con «Boris», y Francisco Montolio, con «Los buenos samaritanos». En los últimos años se ha ido extremando el rigor en esa especialidad, y está bien que así sea, puesto que la industria no es capaz de absorber cada temporada un número crecido de nuevos directores.

Se ha podido observar, también en estos últimos años, que la medida del rigor era eficaz por cuanto los que se han titulado en la especialidad de dirección han conseguido —en gran mayoría— integrarse en la profesión. Hasta hace muy pocos años, los «chicos de la Escuela» eran considerados despectivamente por los profesionales cinematográficos: se pensaba que el cine era un oficio duro, que sólo se podía aprender con la práctica, y nunca en las aulas de una Escuela. Pero las tres últimas promociones nos han deparado otros tantos realizadores nuevos que, a pesar de los augurios de los practicantes, demuestran un conocimiento del oficio y, lo que es más importante, una sensibilidad cinematográfica notable. Me refiero a Pedro Olea —promoción 63-64—, Claudio Guerra —64-65—, y Francisco Montolio —65-66—, por no citar más que a los que han destacado considerablemente sobre sus compañeros.

«Los buenos samaritanos» se basa en una novela corta de Robert Sheckley, uno de los autores más significativos de la literatura de ciencia-ficción. Adaptar a Sheckley, contando con los limitadísimos medios de que se dispone en la Escuela, parecía una empresa imposible. La historia es la siguiente: En una época indeterminada, la civilización ha llegado a un extremo tal en que el ser humano tiene como única cualidad la de consumidor. En estas circunstancias, la publicidad opera impunemente, convirtiéndose en el eje motor de todo comportamiento. Un programa televisivo atrae la atención de los ciudadanos. Se trata de la persecución de un individuo que, amparándose en la ley de suicidio, ha de burlar el acoso de sus perseguidores que, durante siete días, tratarán de darle caza. Si consiguen su objetivo, los perseguidores —que no serán acusados de asesinato, gracias a esa misma ley de suicidio— obtendrán el premio. En caso de fracasar, será el perseguido quien reciba la cuantiosa suma. La televisión informa puntualmente de las vicisitudes de esta caza del hombre, solicitando a los «buenos samaritanos» que ayuden tanto a perseguido como a perseguidores...

La parábola es clara, y su significación bien patente. El primer problema de la adaptación consistía en establecer esta temática con el máximo de simplicidad, como si se tratase de una crónica periodística: esto es lo que ha conseguido Montolio, que en ningún momento se ha recreado en una minuciosa descripción ambiental, sino que ha utilizado todos los elementos a su alcance con un sentido estrictamente funcional. Y aquí reside, precisamente, una de las grandes virtudes de su film, ya que, en general, cuando el cine se preocupa de la ciencia-ficción, busca la escenografía aparatosa, los objetos «futuristas»... En realidad, los escenarios y objetos de «Los buenos samaritanos» son los que aparecen en nuestro entorno cotidiano, sólo que modificados por una evolución excesiva en los hábitos de una sociedad de consumo.

Otra gran virtud de esta práctica escolar reside, precisamente, en el tono «anticadadémico» que manifiesta. Quiero decir, que en ningún momento nos parece estar asistiendo a la proyección del ejercicio de un alumno aplicado de la Escuela, sino a un mediatraje de un profesional. La historia es interesante, la narración es ágil y sugestiva, el ritmo de las imágenes es moderno, la sensación que produce, en fin, es la de ser una «película».

Los aplausos continuados y entusiastas que acogieron la proyección de «Los buenos samaritanos», en la sesión del Palacio de la Música madrileña, indicaron la aceptación de esta película por parte de un público, compuesto por profesionales, alumnos de la Escuela y prensa, que supo valorar el esfuerzo y el talento de este nuevo realizador, que la E. O. C. ha titulado en la presente temporada.

Se proyectaron también «El encuentro», historia de un fin de año, en el que coinciden un grupo de señoritos y otro de proletarios, realizada por Julián Marcos; y «Boris», de Juan Antonio Porto, sobre las turbaciones mentales de un hombre que tiene excesivo afecto por su perro «Boris» y demasiado desapego por su hijo recién nacido.

La E. O. C., a lo largo de estas últimas temporadas, ha demostrado su capacidad para formar verdaderos profesionales cinematográficos. Ya no cabe el desdén de los practicantes ante estos films de treinta minutos de duración, que acreditan un sentido del cine, un tono adulto y una profesionalización que —eso sí— se hará madura con la práctica, cuando efectivamente estos directores titulados se integren en la industria cinematográfica nacional.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS

## bilbao: "luces de bohemia"

YO no sé si se había puesto antes de ahora, en algún escenario español, «Luces de bohemia», de Valle Inclán. Creo que no. Parece ser que Adolfo Marsillach decidió programarla durante su temporada en el Español, y que, antes o después, José Osanz ha querido montarla en el Goya. Ninguno de estos proyectos prosperó y lo cierto es que la «oportunidad» del Centenario da sus últimos boques al fin que el gran esperpento de don Ramón haya subido a un escenario madrileño.

Inesperadamente, la obra se ha montado en Bilbao. Ya se sabría que no ha sido en el Arriaga, por ninguna de las compañías rutinarias que alimentan la agenda teatral de la ciudad. Ha sido en el Campos y por un grupo de teatro independiente recién formado: el Grupo Akelarre.

Yo fui hasta el Campos de Bilbao con todos los recelos propios del caso. Estaba, por un lado, el interés en ver una representación de «Luces de bohemia»; por otro, la casi seguridad de la impotencia de un grupo no profesional y joven para montar dignamente. Imaginaba que las buenas ideas no iban a faltar, pero que la obra de Valle, dadas sus dificultades, encallaría en la falta de medios y experiencia. Además: ¿Sopartaría el público una versión íntegra de «Luces de bohemia»? ¿No habría quien se marchase en las escenas más violentas, o quien se opusiese al lenguaje cortante de la obra?

Gonzalo Torrente Ballester, cuando «revisó» «Divinas Palabras» para su representación en el Bellas Artes, sostenía que Valle había empleado un determinado lenguaje por saber que su teatro no sería estrenado y que era a un lector y no a un espectador a quien se dirigía. «Si Valle hubiese sabido que sus obras iban a ser montadas —venía a ser la tesis de Torrente— es seguro que habría empleado un lenguaje más comedido».

Gonzalo tenía razón, probablemente, en una cosa: en que ni nuestro público tradicional ni los elementos que lo sostienen aceptarían los grandes esperpentos.

Pero éste no es un problema de lenguaje. La armonía expresiva de Valle es tan radical —y ésta es, quizá, la conclusión más importante sacada en el Campos de Bilbao— que el público sabe siempre que su lenguaje no podía ser de otra manera. Palabras y conceptos que, desde nuestra perspectiva de espectadores de comedias españolas, parecen verbalmente detonantes, encajan admirablemente en la realidad total del esperpento. Rota la convención del coloquialismo, metido el autor en el esperpento expresionista, lenguaje, personajes, situaciones, estructura, ámbito escenográfico, son elementos que se exigen entre sí. Ningún recelo, pues, del público ante tal o cual palabra. La obra se acepta o se rechaza en bloque.

De lo anterior se deduce ya que las representaciones de «Luces de bohemia» en Bilbao fueron muy estimables. Treinta y tantos intérpretes han ensayado durante meses, con espíritu social y estético propios del buen teatro independiente. Sabían que era necesario poner en pie el drama para un público, en un teatro normal, sin la cobertura de las sesiones para amigos y familiares. Temían, probablemente, la reacción del mundo hostigado por Valle en «Luces de bohemia». Y saltaron al escenario con la máxima honestad, dominando perfectamente el texto, dispuestos a que Valle llegase entero al público.

Talón arriba, Centenario —¡oh, el prestigio de los Centenarios!— de Valle. Muchos no saben de qué va. Y la obra, cuadro a cuadro, va siendo aceptada, aplaudida, tensamente escuchada. (Pero si resulta que el teatro es una cosa viva, un espectáculo para adultos! Aplausos. Aplausos. Ecos aplausos roncás, que tan rara vez suenan en nuestras salas, y que dan fe de haberse realizado plenamente la comunicación entre la escena y el público. ¿Cuánto tiempo hacía que no se oía una cosa así en un escenario español? Y, de pronto, uno se acuerda de cuando la censura, unos años atrás, prohibió la publicación de ese mismo trozo de diálogo que ahora dicen los actores en el escenario.

Luis Hurri, al frente de Akelarre, acaba de hacer su más importante trabajo de director de escena. Ha adiestrado a muchos que nunca habían hecho teatro. Durante meses ha impuesto la disciplina a treinta y tantos actores no profesionales. Y se ha metido en el teatro el mismo día de las representaciones, colocando los focos alquilados o prestados en lucha con el reloj. Los intérpretes —Olga Artache, Mariví Bilbao, Isabel Brouard, Laura Collazos, Begoña Martínez, Ofelia Rivera, Alicia Sampedra, Celia Sampedra, María Sánchez, M. A. Albizu, M. A. Álvarez, Benjamín Aparicio, Ramón Barea, Guillermo Barreiro, Héctor Doñago, Jesús Echarrí, Isidoro Galán, Luis García, Soriano García, Ignacio Gutiérrez, Luis Hernández, José Igarza, Javier Izaguirre, J. L. de Abecuch, Pedro M. Martínez, Juan Poirier, Félix Terradillos, Iñaki Viar, José A. Zalduegui, Juan I. Zorrilla y Javier Zumalabe— saben que nadie va a nombrarlos, (son tantos), y allí están, al final, aplaudiendo al público, y a un retrato de don Ramón, pintado por un bilbaíno. Después, Gregorio San Juan, poeta, nervioso, y presidente de Akelarre, recibe las felicitaciones. En el programa han puesto un poema suyo dedicado a Valle: «Emergo de entre un mundo de sordidos: palambre, profeta de la voz desgarrada, Don Max».

Al día siguiente, la crítica ha sido buena, sin que nadie se rasque las vestiduras. Don Ramón ha tenido en Bilbao, en estas dos representaciones de «Luces de bohemia», la hora alta de su Centenario. Por el texto, por los actores, por su dirección, por el público, por toda la fuerza con que el autor ha sido levantado sobre esta Bilbao, tan fuerte y tan débil, tan hermosa y tan contradictoria.

JOSE MONLEON